



www.loqueleo.com/es

© Del texto: 2019, Jordi Sierra i Fabra
© De las ilustraciones: 2019, Javier Olivares
© De esta edición:
2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-342-9
Depósito legal: M-39.088-2018
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2019

Directora de la colección:
Maite Malagón
Editora ejecutiva:
Yolanda Caja
Dirección de arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Querido hijo: te vas con los abuelos

Jordi Sierra i Fabra

loqueleg

Pero... ¿qué?

Iba a ser el verano de su vida.

El mejor de los mejores.

¡La de planes que había hecho!

Playa, montaña, leer, jugar, hacer esto, aquello, lo otro, lo de más allá...

Sí, vale, lo recordaba: el año pasado también tenía muchos planes y luego el verano, como por arte de magia, había volado así, en plan huracán desaforado, igual que quien chasquea los dedos y... ¡adiós!

Pero eso había sido el verano pasado.

Entonces aún era MUY niño.

Ahora no. Cumplía doce años. Eso significaba que era más listo. Esta vez racionalizaría el tiempo, lo mediría, lo distribuiría. Nada de

dejarse llevar. Nada de «bueno, no pasa nada» o «esto ya lo haré mañana». Sí que pasaba. Y mañana siempre surgía algo nuevo.

El mejor verano de su vida tenía que serlo por todo.

¡Nunca más volvería a tener doce años!

6 Lucas se las prometía más que felices: felicísimas.

Y entonces, de pronto...

—Lucas, vamos a tener que cambiar los planes del verano.

Miró a su madre.

Era arquitecta. Un cerebritito. Su padre también, porque escribía guiones, pero su madre...

—¿Cómo que vamos a tener que cambiar los planes?

—Pues sí, mira. ¿Recuerdas que te hablé de construir un centro cultural?

—Sí.

—Nos lo han concedido.

—Ah.

—Eso significa que tendré que estar desde el 15 de julio al 15 de agosto en el lugar, para los trabajos previos, discutir planos, ver la logística...

—Vale, ya veo que me quedaré con papá.

El padre de Lucas trabajaba en casa.

Una maravilla.

—Me temo que no —le dijo su madre.

—¿Que... no?

7

—No, papá se vendrá conmigo. Tiene que escribir el guion de varios capítulos de la serie de la tele en la que colabora, y le irá bien desconectar. Si se queda aquí, contigo, no estará concentrado y no podrá trabajar.

Ella se iba y él con ella.

—¿Y entonces qué haré yo? —preguntó Lucas.

Ya se imaginaba solo en casa.

Pero no, claro. ¿Cómo iban a dejarle solo?

¡Menudos eran!

—Tú te irás con los abuelos.

Un sudor frío empapó a Lucas. Se estremeció. La mente se le puso en blanco. El estómago se le encogió tanto que se convirtió en una

especie de puño con vida propia y potencia suficiente para machacarle por dentro.

Fue tal, y tal su horror, que apenas sí pudo articular palabra.

—¿Có... mo que... me... voy... con los a... a... abuelos?

8 —Bueno, es lo lógico, ¿no? —Su madre parecía que hablaba de algo de lo más normal y corriente—. En primer lugar, los ves poco, así que te irá bien pasar una temporada con ellos. En segundo lugar, estarán felices y encantados de tenerte un mes en su casa. Y en tercer lugar... —No encontró más argumentos y no supo qué agregar—. En fin, pues eso.

Lucas logró reaccionar.

—Mamá, no.

—¿Cómo que no?

—¡Son MIS vacaciones! ¡Es MI verano!

—Bueno, pues lo pasas en el pueblo. ¿Qué más da un lugar que otro?

Hablaba en serio.

¿Qué más daba un lugar que otro?

—¿Pretendes que esté un mes en un pueblo de montaña, con frío de noche, calor que te asas de día y... en casa de los abuelos?

—Hay piscina.

—¡Llena de gente, para que te toque un poco de agua has de hacer cola dos horas antes!

—¡Qué exagerado eres!

—¿Y el piano? —Le pareció un argumento irrefutable—. No querréis que esté un mes sin practicar. ¡Siempre decís que hay que ensayar cada día!

—El año pasado, en vacaciones, pasó lo mismo: estuviste un mes sin tocarlo.

Era grave. Ni lo del piano la ablandaba.

Solo quedaba la tecla emocional.

—¿No puedo ir con vosotros?

—Estaré trabajando y tu padre también. El lugar es un páramo. No hay nada. Allí sí que te aburrirías. —Su madre empezó a hartarse de la discusión. Era una mujer práctica—. ¿Se puede saber por qué no quieres ir a casa de los abuelos?

—¿Lo preguntas en serio?



—¡Pero si te quieren con locura!

—¡Y yo a ellos! ¡Pero vivir un mes en su casa...!

—¿Lo dices porque no tienen televisión por cable, ni internet, ni...?

—¡Lo digo por todo! ¡Son unos garrulos!

—¡Lucas, no digas eso! —se disgustó—. ¡Son mis padres!

—¡Serán lo que sean, pero...!

—¿Pero qué?

—¡Son de pueblo!

—¡Míralo, el urbanita!

—¡El abuelo lleva siempre unas enormes boinas y la abuela no se deshace el moño ni para dormir, visten como si vivieran en el siglo pasado, son anticuados, son...!

Tenía tantos argumentos, TANTOS, que se le apelotonaron en la cabeza.

—Tenías que haberlos visto de jóvenes, o cuando yo era niña —suspiró ella.

—Sí, ya me has contado muchas veces que eran hippys, llevaban el pelo largo, les gustaba

el rock y no sé cuántas historias más. ¡Pero fue hace mil años! ¡Ahora son..., son... un residuo!

—Venga, va, no digas más tonterías. Ni siquiera sé por qué estamos teniendo esta discusión. Has de ir con ellos y punto. ¿Te crees que me gusta estar un mes sin verte? ¡No tengo más remedio! ¿Y qué te apuestas a que luego me dirás que te lo has pasado en grande?

12

—¿Hablas en serio? ¿En grande?

—¡Sí, en grande, y se acabó! ¡Hasta el 15 de julio iremos a la playa y estarás con tus amigos y lo que quieras, pero después no hay más remedio! ¡Si no te gusta, te aguantas! ¡Y te repito que lo siento!

Lo sentía.

¡Ja!

Era una derrota en toda regla.

Lucas se fue a su habitación convencido de que el mundo era un lugar horrible y la vida algo muy injusto.

Eso, además de estar seguro de que tenía la peor de las suertes.

¿Qué he hecho YO para merecer ESTO?

Los días que siguieron a la noticia fueron nefastos.

13

Lucas, con una mala cara de esas que te llegan al suelo; su madre, enfadada por la mala cara de su hijo y nerviosa por el trabajo que se le venía encima, y su padre, despistado como siempre, porque, a la que su padre escribía algo, la cabeza se le iba a donde fuera menos a la vida real.

En realidad, Lucas se preguntaba muchas veces cómo se habían conocido, enamorado y casado. No tenían nada que ver.

Bueno, salvo que se querían.

Eso se notaba en lo empalagosos que resultaban a veces:

—Cosita.

—Guapo.

—Vida.

—¡Uy!

—¡Oh!

—¡Ah!

—Mmm...

14 Lucas los miraba alucinado.

Los dos tenían cuarenta y cinco años y creía que esas cosas se decían en la época de novios.

Pero no.

Coladitos, coladitos.

Cuando le contó a Javi lo oscuro de su futuro más inmediato, su amigo intentó ser positivo.

—Bueno, un mes sin madre. Tampoco está mal, ¿no?

—¿Que no está mal?

—Quiero decir que podrás hacer lo que quieras, porque los abuelos para eso están, para consentirlo todo y no reñirte por nada.

—¿Pero qué quieres que haga en un pueblo perdido entre montañas, con solo una carretera que en invierno los aísla y todo a la que nieva, con una piscina saturada de gente, sin cine, sin chicos para jugar porque todos se han ido a la playa, que es lo que toca en verano, sin internet para conectarme...?

Lo de internet era definitivo.

15

—¿Tan marcianos son? —Javi se quedó impresionado.

—¡Son peor que marcianos! —gritó Lucas—. Mira, los quiero, cuando vienen a verme me traen la tira de cosas, y son geniales, y, cuando alguna vez subimos al pueblo, se vuelcan para que lo pase bien, como harán seguramente ahora, pero... ¡Pues eso, que son de pueblo!

—Como te oiga hablar así el profe...

El profe Marcelino era un vivo defensor de las costumbres rurales y antiurbanita declarado. Decía que en la ciudad se vivía fatal, que la gente era insensible, que nadie se conocía,

que respirabas la porquería de los coches, que las motos hacían ruidos insoportables, que... En cambio, según él, en los pueblos se sabía vivir y se vivía mejor; la comida era más saludable; el aire, puro; no había prisas; la gente era amable...

16 Y, sobre todo, odiaba esa guerra entre la gente de la ciudad y la gente del pueblo.

—¡El profe no está aquí! —se enfadó Lucas—. ¡Y no hablo mal de la gente que vive en los pueblos! ¡Solo digo que mis abuelos son muy anticuados! ¡Y pensar que fueron progres en otro tiempo! Me pregunto qué les habrá pasado.

—¿Progres?

—Mi madre tiene una foto de ellos, de cuando aún ella no había nacido, y parecen... Pelo largo, cintas de colores, blusas de flores, pantalones acampanados, pañuelos de seda... Hacen el signo de la paz y llevan camisetas con aquel lema hippy de «Haz el amor y no la guerra».

—¡Jo! —dijo Javi muy expresivamente.

—Y antes vivían en la ciudad, muy cerca de casa. Pero un día decidieron mudarse al campo y..., bueno, ahí siguen. Tan campantes.

—Como dice mi padre: «Hay gente para todo».

—Y que lo digas —resopló Lucas de vuelta a su hundimiento más absoluto.

—¿Seguro que no podrás llevarte al menos la videoconsola para...?

—Nada. ¡Y deja de darme la paliza!

—¿Yo? —Javi abrió mucho los ojos—. ¡Pero si has sido tú el que ha sacado el tema y se ha puesto como si llevara una nube colgada encima!

Lucas no supo si echársele encima para tener una de sus amistosas peleas o resignarse.

Se resignó.

No tenía ganas ni de pelearse.

—¿Pero qué he hecho YO para merecer ESTO? —Levantó las manos y la cabeza al cielo.

El cielo, como es normal, se quedó tal cual.